

pulgares y los dos índices abrió los párpados cerrados del criminal. Los ojos feroces de aquel hombre aparecieron y vió á Gwynplaine.

Al divisarle, levantó él solo la cabeza y abriendo cuanto pudo las pupilas, le miró, estremeciéndose cuanto le es dable estremecerse á un hombre que sostiene tanto peso con el pecho, y gritó:

—¡Es él... sí! ¡es él!...

Lanzó una carcajada terrible y repitió:

—¡Es él! ¡es él!

Luego dejó caer la cabeza al suelo y cerró los ojos.

—Escribid, escribano—dijo el sheriff.

Aunque Gwynplaine estaba aterrorizado, conservó hasta entonces presencia de ánimo; pero el grito ¡Es él! le trastornó. La orden del sheriff: *Escribid, escribano*, heló la sangre de sus venas. Creía que un malvado iba á arrastrarle tras él, sin poder comprender por qué, y que aquella confesión le entregaba á la justicia. Se creía ya que iban los dos á ser atados en la misma picota y ahorcados después uno junto al otro. Espantado Gwynplaine, balbuceó frases incoherentes con la turbación profunda del inocente, y fuera de sí, lanzó gritos y dejó escapar las frases siguientes, en medio de su agonía:

—Eso no es cierto; yo no soy. No conozco á ese hombre, y, por consiguiente, él tampoco me conoce. Tengo que marcharme porque he de representar esta noche.

¿Qué quieren de mí? Pido que me dejen en libertad. ¿Por qué me han conducido á este subterráneo? No existen ya las leyes, podéis decir que no existen ya. Señor juez, repito que yo no soy; soy inocente de todo lo que ese hombre pudo decir; lo sé seguro y por eso deseo salir de aquí. Esto es muy justo. No existe nada de común entre ese hombre y yo. Podéis informaros. Mi vida es pública. Han venido á prenderme como si fuera un ladrón. ¿Por qué? ¿Acaso sé yo quién es ese hombre? Soy un joven errante que represento farsas en las ferias y en los mercados. Soy *El hombre que ríe*. Todo el mundo ha acudido á verme. Nos hospedamos en el Tarrinzeanfield. Hace quince años que tengo este oficio y yo sólo he cumplido veinticinco. Habito en la posada de Tadcaster. Me llamo Gwynplaine. ¡Que me saquen de aquí, señor juez! No se debe abusar de la miseria de los desgraciados; tened compasión de un hombre que no ha delinquido en nada, que no puede defenderse y que no tiene quién le proteja. Tenéis delante de vos á un infeliz saltimbanqui.

—Tengo ante mí—respondió el sheriff, —á lord Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia y par de Inglaterra. Diciendo esto el sheriff se levantó, y, señalando el sillón á Gwynplaine, añadió.

—Milord, dignese sentarse vuestra señoría.

LIBRO QUINTO

El mar y la suerte se agitan con igual soplo.

I

SOLIDEZ DE LAS COSAS FRÁGILES

Gwynplaine no comprendió lo que el sheriff le decía, y miró detrás de él para ver si hablaba á otro.

El oído no llega á percibir el sonido demasiado agudo, ni la inteligencia la emoción demasiado aguda; la audición y la comprensión tiene sus límites.

El wapentake y el justicier-quorum, aproximándose á Gwynplaine, le cogieron cada uno de un brazo y le sentaron en el sillón que dejó vacío el sheriff. Les dejó hacer sin comprender lo que hacían.

En cuanto estuvo sentado el volatine-ro, el wapentake y el justicier-quorum retrocedieron algunos pasos y permanecieron rectos é inmóviles detrás del sillón.

Entonces el sheriff dejó sobre la losa el ramillete de rosas, se puso los anteojos, que le presentó el escribano; cogió de bajo de los cuadernos que tapaban la mesa una hoja de pergamino, manchada, amarillenta, roída y rota en varias par-

tes, que parecía haber sido plegada en muchos dobleces pequeños y que estaba escrita por una sola cara, y de pic y aproximándose á la luz de la linterna y con voz solemne, leyó lo que sigue:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

»Hoy, 29 de enero de 1690 de la era de Nuestro Señor, fué criminalmente abandonado en las desiertas costas de Portland, un niño de diez años, con la intención de que en aquellas soledades pereciese víctima del hambre y del frío.

»Este niño fué vendido á la edad de dos años por mandato de su majestad el rey Jacobo II.

»Este niño es lord Fernando Clancharlie, hijo único legítimo de lord Lineus Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia, par del reino de Inglaterra, hoy difunto, é hijo asimismo de Ann Bradshaw, su esposa, hoy difunta.

»Este niño es el heredero de los bienes y títulos de su padre; por eso fué vendido, mutilado y desfigurado, desamparado por voluntad de su majestad.

»Este niño fué educado y dislocado con intención de que fuese un volatinero en los mercados y en las ferias.

»Fué vendido á la edad de dos años, después de la muerte de su padre, por diez libras esterlinas, que dieron al Rey por su compra y mediante varias concesiones, tolerancias ó inmunidades prometidas por su majestad...

»Yo, que suscribo y escribo estas líneas, compré, á la edad de dos años, á lord Fernando Clancharlie, y lo desfiguró un flamenco llamado Hardquanonne, que es el único que posee los secretos y los procedimientos del doctor Conquest.

»Destinamos al niño á que presentase una mascarilla que siempre estuviese riendo, y con esta idea practicó en él Hardquanonne la operación *Bucca fissa usque ad aures*, que da á la fisonomía risa eterna.

»El niño, por un medio que únicamente Hardquanonne conocía, quedó adormecido é insensible durante la operación á que le sujetamos, y que él ignora haberla sufrido, como ignora que es lord Clancharlie, pues le pusimos Gwynplaine.

»No sabe nada porque era de tierna edad y de escasa memoria cuando fué vendido y comprado.

»Hardquanonne es el único que sabe hacer la operación *Bucca fissa*, y este niño es el único viviente que la ha sufrido.

»Tan singular es esta operación, que después de muchos años, si el niño fuese viejo y sus cabellos negros encaneciesen, le reconocería Hardquanonne apenas le viése.

»Hoy, al escribir estas líneas, Hardquanonne, que conoce todos estos hechos que denunció, como autor principal de todos ellos, se halla detenido en las prisiones de su alteza el Príncipe de Orange, vulgarmente llamado el rey Guillermo III. Prendieron á Hardquanonne por pertenecer á la compañía de los compraniños ó cheilas, y está encerrado en la torre de Chatham.

»En Suiza, cerca del lago de Génova, entre Lausanne y Vevey, en la misma casa en que fallecieron su padre y su madre, y obedeciendo á la voluntad del Rey, nos vendió y entregó el niño el último criado del difunto lord Lineus, cuyo criado murió poco después que sus señores; de modo que este asunto delicado y secreto, únicamente lo conocen en el mundo Hard-

quanonne, que está en un calabozo en Chatham, y nosotros, que vamos á morir.

»Los abajo firmados, hemos educado y retenido bajo nuestro poder, ocho años, para sacar provecho de nuestra industria, al pequeño señor que compramos al Rey.

»Hoy, huyendo de Inglaterra para no participar de la desgraciada suerte de Hardquanonne, por miedo á las fulminaciones penales dictadas por el Parlamento, abandonamos, al declinar la tarde, en las costas de Portland, al susodicho niño Gwynplaine, que es lord Fernando Clancharlie.

»Juramos guardar el secreto al Rey, pero no á Dios, y esta noche, asaltados por tempestad espantosa, que contra nosotros desencadenó la Providencia, en la agonía de la desesperación, arrodillados ante el único que puede salvar nuestra existencia y nuestras almas, no esperando ya en los hombres y temiendo á Dios, no temiendo ya otra áncora que el arrepentimiento de nuestras acciones malas, resignados á morir y deseando satisfacer á la Justicia eterna, humildes y penitentes, en acto de contrición, hacemos esta declaración y la remitimos y confiamos al mar furioso para que haga de ella lo que á Dios le plazca. Que la Virgen Santísima nos socorra. Amén. Y firmamos.»

El sheriff, suspendiendo la lectura, dijo: —He aquí las firmas, todas escritas con distinta letra.

Las leyó:
—»Doctor Gerhardus Geestemunde. — Asunción. — Una cruz, y á su lado: Bárbara Fermoy, de la isla Tyrryf. — Gaizdorra, captal. — Glangirase. — Jacobo Quatource, llamado el Narbonés. — Luc Pierre Capgaroupe, del presidio de Mahón.»

El sheriff, interrumpiendo otra vez la lectura, añadió:

—Nota escrita por la misma mano que el texto y que la primera firma.

Era la siguiente:
—«De los tres hombres de la tripulación, el patrón desapareció en un golpe de mar; únicamente quedaron dos, que firman. — Galdeazun. — Ave-Maria, ladrón.»

El sheriff, leyendo é interrumpiéndose, prosiguió:

—En la parte inferior de la hoja está escrito lo que sigue: «En el mar, á bordo de *La Matutina*, urca de Vizcaya, desde el golfo de Pasajes.»

—Esta hoja —añadió el sheriff,— es un pergamino de la cancillería, que tiene la filigrana del Rey Jacobo II. En el margen de la declaración hay esta nota, escrita por la misma mano:

—«La presente declaración la hemos escrito en el reverso de la real orden que se nos remitió para nuestro descargo por haber comprado al niño. Vuélvase la hoja y se verá dicha orden.»

El sheriff volvió el pergamino y lo levantó con la mano derecha, aproximándolo mucho á la luz. Se vió una página en blanco, si esto puede decirse de un pergamino enmohecido, y en medio de la página tres palabras escritas, dos en latín: *Jussu regis*, y una firma, *Jeffreys*.

—*Jussu regis*. — *Jeffreys* — dijo el sheriff.

El asombro que experimentaba Gwynplaine era indescriptible; sin embargo, dijo lo siguiente:

—Gerhardus, sí, era el doctor. Un hombre anciano y triste que me causaba miedo. Gaizdorra, captal, que significa jefe. Sí; había entre ellos dos mujeres, Asunción y la otra, y el provenzal Capgaroupe, que bebía en una botella chata, que tenía un nombre escrito en letras rojas.

—Aquí está—dijo el sheriff.

Puso sobre la mesa un objeto que el escribano cogió del saco de la justicia; era una calabaza forrada de mimbres, que debió pasar muchas aventuras y permanecer mucho tiempo en el agua, porque las algas y mariscos se habían adherido á ella; estaba incrustada y engastada de todos los mohos del Océano. El cuello conservaba un sobrecuello de alquitrán, que demostraba que la cerraron herméticamente; estaba abierta, pero le habían puesto en el cuello una especie de tarugo alquitranado, que antes le sirvió de tapón.

—En esta calabaza—dijo el sheriff— que cerraron las personas indicadas, en la agonía de la muerte, llegó á nuestro poder la declaración que acabo de leer; el mar remitió con fidelidad este mensaje dirigido á la justicia y confiado á él.

El hombre que ríe.—13

El sheriff, aumentando la majestad de su entonación, prosiguió:

—Así como la montaña Harrow es excelente para el trigo y produce la flor de la harina con la que se cuece el pan para la mesa del Rey, así el mar hace á Inglaterra todos los servicios que puede, y cuando un lord se pierde, él lo encuentra y lo trae.

Cambiando de entonación el representante de la justicia, dijo:

—En la calabaza se ve, efectivamente, un nombre escrito con letras rojas.

El sheriff, en alta voz y volviéndose hacia el paciente inmóvil, exclamó:

—Vuestro nombre, malhechor. La Providencia os condujo aquí. Tales son los caminos desconocidos por los que la verdad, hundida en el abismo de las acusaciones humanas, desde el fondo asciende á la superficie.

El sheriff tomó la calabaza y aproximó á la luz uno de sus lados, que estaba limpio, acaso por las necesidades de la justicia. Se vió serpentear por los entrelazamientos de los mimbres una pequeña cinta de junco rojo, que renegreaba por algunas partes; este junco, á pesar de tener algunas roturas, trazaba bastante claramente la palabra *Hardquanonne*.

El sheriff, adquiriendo entonces otra vez el sonido de voz particular, que no se parece á ningún otro, y que pudiera calificarse de acento de la justicia, dirigiéndose al criminal, repuso:

—Cuando por primera vez, Hardquanonne, os presentamos y os exhibimos esta calabaza, en la que se halla escrito vuestro nombre, reconocisteis, desde luego, que os había pertenecido; luego, cuando se os leyó el pergamino, que estaba plegado y como embutido dentro de ella, no quisisteis pronunciar ya ni una sola palabra; tal vez con la esperanza de que no había de aparecer el niño perdido y de escapar al castigo, rehusasteis ya contestar. Como consecuencia de negaros á hablar, os aplicaron la pena fuerte y dura, y se os leyó por segunda vez el referido pergamino, en el que se halla consignada la declaración y confesión de vuestros cómplices, pero vuestro silencio ha sido inútil. Hoy, que es el cuarto día, el día legal de la confrontación, al veros en presencia del que fué abandonado en

las costas de Portland, el 29 de enero de 1690, la esperanza diabólica que os alucinaba desapareció y quebrantasteis el silencio al reconocer á vuestra víctima.

El paciente abrió los ojos, levantó la cabeza, y con acento que participaba de la extraña sonoridad de la agonía, con alguna calma en medio de su estertor, pronunciando trágicamente, debajo del montón de piedras, frases, que cada una de ellas hacía levantar la especie de tapa de la tumba que le oprimía, habló así:

—Juré guardar secreto y lo guardé cuanto pude; los hombres sombríos son fieles y debe haber una probidad en el infierno. Ahora el silencio es inútil ya. Por eso hablo. Pues bien; sí, es él. Es obra del Rey y mía; el Rey puso la voluntad y yo el arte.

Después de decir esto, Hardquanonne contempló á Gwynplaine y le dijo:

—¡Ahora ríe para siempre!

El mismo criminal se rió también de un modo singular; su segunda risa, más feroz todavía que la primera, hubiera podido tomarse por un sollozo.

Cesó la risa y el paciente volvió á acostarse; sus párpados se cerraron.

El sheriff, que dejó hablar al meribundo, continuó:

—De todo lo que se toma acta.

Dió tiempo para esto al escribano y después dijo:

—Hardquanonne: según los trámites de la ley, después de la confrontación, que surtió el efecto deseado; después de la tercera lectura de las declaraciones de vuestros cómplices, confirmada por vuestro reconocimiento y confesión, vais á ser liberado de las ligaduras y conducido ante su majestad para que os ahorquen como á plagiario.

—Como plagiario—repitió el doctor en derecho;—ó lo que es igual, como comprador y vendedor de niños. Ley visigoda, libro siete, título tercero, párrafo *Usurparit*; ley Sállica, título cuarenta y uno, párrafo segundo; y ley de los frisons, título veintiuno, *De Plagio*. Alejandro Nequam dice:

Qui pueros vendis, plagiarius est tibi nomen.

El sheriff dejó el pergamino sobre la mesa, se quitó los anteojos, volvió á coger el ramillete de rosas y dijo:

—Fin de la pena fuerte y dura. Hardquanonne, dad las gracias á su majestad.

El sheriff hizo un signo y el justicierorum puso en movimiento al hombre vestido de cuero.

Este individuo, que era el criado del verdugo, «groom de la horca», como dicen los antiguos estatutos, se aproximó al paciente y le quitó una tras otra las piedras que tenía sobre la plancha, librándole también de ésta; luego le desató, de los puños y de los tobillos, las cuatro argollas que le sujetaban á los pilares.

El paciente estaba ya descargado de las piedras y libre de las cadenas, y no obstante permaneció acostado en tierra, con los ojos cerrados y con los brazos y las piernas estirados, semejante á un crucificado que acababan de desclavar.

—Hardquanonne—dijo el sheriff,—levantaos.

El paciente no hizo el menor movimiento.

El groom de la horca le cogió una mano y la soltó después de levantarla; la mano cayó inerte: hizo lo mismo con la otra, que cayó también de igual modo.

El médico se acercó; sacó del bolsillo un espejillo de acero y lo puso ante la boca abierta de Hardquanonne; después, con los dedos le abrió los párpados, que ya no se bajaron; las vidriosas pupilas se que daron fijas.

El doctor se levantó y dijo:

—Ha muerto—añadiendo:—la risa le ha matado.

—Poco importa—repuso el sheriff,—después que declaró, que viva ó que muera; eso sólo es una formalidad.

Indicando el sheriff á Hardquanonne con el ramillete de rosas, dió esta orden al wapentake:

—Cadáver que hay que sacar de aquí esta noche.

El wapentake contestó moviendo la cabeza:

—El cementerio está enfrente de la cárcel.

El wapentake hizo otro signo de asentimiento.

El escribano escribía.

El sheriff, conservando en la mano izquierda el ramillete, cogió con la otra su vara blanca, se colocó de pie delante de

Gwynplaine, que seguía sentado; le hizo una profunda reverencia, luego enderezó la cabeza, y, mirándole, le dijo:

—Nos, Felipe Denzill Parsons, caballero, sheriff del condado de Surrey, asesorado por Aubrie Docminique, doctor en derecho, por el escribano y por los oficiales ordinarios, autorizado debidamente por su majestad, en virtud de nuestra comisión y de los derechos y deberes de nuestro cargo, y con el permiso del lord-canciller de Inglaterra, después de dirigir el proceso y demás actos judiciales, vistas las piezas comunicadas por el Almirantazgo, después de efectuar la comprobación de las firmas, después de leídas y oídas las declaraciones después de confrontación y estando completas todas las informaciones legales; á vos, que os halláis presente, os significamos y declaramos, para que podáis tomar posesión de todos vuestros derechos, que sois Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville, Marqués de Corleone en Sicilia, par de Inglaterra, y que Dios guarde á vuestra señoría.

Enmudeció y volvió á saludar. El doctor en derecho, el médico, el justicierorum, el wapentake, el escribano, todos los asistentes á excepción del criado del verdugo, repitieron más profundamente el saludo del sheriff y se inclinaron hasta el suelo ante Gwynplaine.

—¡Ah, esto es un sueño! ¡despertadme!—gritó el saltimbanqui y lívido se puso en pie.

—Vengo, efectivamente, á despertaros—dijo una voz que Gwynplaine no había oído todavía.

Un hombre salió de detrás de uno de los pilares y dijo lo anterior. Como nadie entró en el subterráneo después que la lámina de hierro abrió paso cuando llegó el acompañamiento de policía, era indudable que ese hombre estaba oculto desde antes de entrar Gwynplaine y que desempeñaba el papel de observador, estando encargado de esa misión. Este individuo era grueso, llevaba peluca de corte y capa de viaje; era de rostro correcto y más viejo que joven.

Saludó á Gwynplaine respetuosamente, y con la elegancia de *gentleman* doméstico.

—Repito que vengo á despertaros. Hace

veinte años que dormís; soñasteis y ahora ha concluido el sueño. Creísteis que erais Gwynplaine y sois Clancharlie; os figurasteis pertenecer al pueblo y pertenecéis á la nobleza; os creísteis estar en el último rango y estáis en el primero; os teníais por histrión y sois senador; creísteis ser pobre y sois opulento, pequeño y sois grande. ¡Despertaos, milord!

Gwynplaine, en voz baja y con terror, interrogó:

—¿Qué significa todo eso?

—Esto significa, milord—respondió el hombre grueso,—que yo me llamo Barkilphedro, que soy oficial del Almirantazgo, que se halló en la orilla del mar la calabaza de Hardquanonne, que me la entregaron para que yo la abriese, como es obligación y prerrogativa de mi cargo; que la abrí en presencia de los dos jurados juramentados de la oficina Jetson, que son dos de los miembros del Parlamento, uno de ellos William Blathwaith, por la ciudad de Bath, y el otro, Tomás Jervoise, por Southampton; que ambos jurados describieron y certificaron el contenido de la calabaza y firmaron el proceso verbal para abrirla, como lo firmé yo; que yo hice la relación á su majestad, y que por orden de la Reina se han verificado todas las formalidades legales y necesarias, con la discreción que requiere tan delicado asunto, y que la última, que es la confrontación, acaba de llenarse; todo lo que quiere decir que gozáis de un millón de renta, que sois un lord del Reino Unido de la Gran Bretaña, legislador y juez supremo y legislador soberano, vestido de púrpura y de armiño, semejante á los Príncipes, igual á los Emperadores, que os ceñís en la cabeza la corona de par y que vais á casaros con una Duquesa, hija de un Rey.

Tantas, tan acumuladas y tan dichosas emociones, hicieron caer al suelo desvanecido á Gwynplaine.

II

EL QUE YERRA NO SE EQUIVOCA

La anterior aventura provino de un soldado que halló una calabaza en la orilla del mar.

Relatemos el hecho, porque todo hecho tiene su engranaje.

Un día, uno de los artilleros de la guarnición del castillo de Calshor recogió, durante la marea baja, en la arena de la playa, una calabaza forrada de mimbre, que el flujo del mar había arrojado allí; estaba enmohecida y herméticamente cerrada con un tapón alquitranado. El soldado presentó dicho objeto al coronel del castillo y éste lo envió al almirante de Inglaterra. En el Almirantazgo, para encargarse de las presas del mar, estaba Barkilphedro, como ya sabemos, y éste abrió la calabaza y se la presentó a la Reina. La Reina pasó aviso, y en seguida enteraron a dos consejeros importantes, que fueron consultados, al lord-canciller, que es, según la ley, «guardián de la conciencia del Rey de Inglaterra», y al lord-mariscal, que es «juez de armas y de la descendencia de la nobleza». Thomas Howard, Duque de Norfolk, par católico, que era hereditariamente supremo mariscal de Inglaterra, hizo saber, por mediación del diputado-Conde y mariscal Enrique Howard, que sería de la opinión del lord-canciller. El lord-canciller era William Cowper: «éste era célebre por haber emitido la sentencia siguiente en el asunto de Talbot Yelvertón, Vizconde de Longueville: «Que por respeto a la Constitución de Inglaterra, la restauración de un par era más importante que la restauración de un Rey.» La calabaza que hallaron en Calshor llamó extraordinariamente su atención, porque el que profesa una máxima le agrada tener ocasión de aplicarla, y ese objeto le ofrecía el caso de la restauración de un par. Desde este momento, pues, empezaron las pesquisas. Gwynplaine era fácil de hallar, porque su nombre estaba escrito en los carteles, y Hardquanonne tampoco era difícil de ser habido, porque vivía todavía. La prisión hace envejecer al hombre, pero le conserva, si retener es conservar. A los hombres encerrados en las cárceles rara vez se les cambia de domicilio, y Hardquanonne continuaba aún en un calabozo de la torre de Chatham; le cambiaron de encierro y le trasladaron a Londres. Al mismo tiempo tomaron informes en Suiza y comprobaron los hechos denunciados, resultando verídicos. Sacaron de Vevey y de Lausanne el acta del matrimonio de lord Lineus du-

rante el destierro, la fe de bautismo del niño, los mortuorios de su padre y de su madre, haciéndose librar los documentos dobles y certificados debidamente, para utilizarlos en caso de necesidad: todo esto se ejecutó con el más absoluto secreto, con lo que se llamaba entonces *promptitude royale*, y con «silencio de trapense» que aconsejaba y practicaba Bacon, y que después erigió en ley Blackstone para los negocios de la Cancillería y de Estado y para los asuntos denominados senatoriales.

Comprobaron también el *Jussu regis* y la firma *Deffreys*.

Para el que ha estudiado patológicamente los casos de capricho, llamados deseos imperativos, ese *Jussu regis* es muy sencillo. ¿Por qué Jacobo II, que debía ocultar tales actos, que corrían el riesgo de comprometer el éxito, dejando huellas escritas, no lo hacía? Por cinismo, por soberbia indiferencia, que no sólo ciertas mujeres son impúdicas; la razón de Estado también lo es. *Et se cupit ante videri*; cometer un crimen y jactarse de él es toda su historia. *Jussu regis*; soy yo; Jacobo II hizo una mala acción y puso en ella su sello. Añadir el descaro a la acción ruin, denunciarse a sí mismo, hacerla imperdible es la baladronada insolente del malvado.

Cristina se apoderó de Monaldeschi, le hizo confesar y asesinar, y dijo: *Soy la Reina de Suecia en el palacio del Rey de Francia*. El tirano que se oculta, existe, como Tiberio, y el tirano que se vanagloria, como Felipe II. El primero es un escorpión, y el segundo un leopardo; Jacobo II era de esta segunda clase. Tenía, como es sabido, el semblante franco y alegre, contrastando en esto con Felipe II. Felipe era tético, Jacobo jovial; pero los dos eran feroces. Jacobo II era un tigre bonachón, y como a Felipe II, le dejaban tranquilo sus crímenes. Por la gracia de Dios era monstruo, y por eso no tenía necesidad de atenuar ni de disimular sus asesinatos, que eran de derecho divino. De buena gana hubiera legado sus archivos a Simancas con sus atentados, enumerados, fechados y clasificados, cada uno en su compartimiento, como los venenos en la oficina de un farmacéutico, porque eso de firmar los crímenes es real.

Las acciones cometidas son letras giradas

contra el gran pagador ignorado, y ésta presentábase al cambio con el endoso siniestro: *Jussu regis*.

La Reina Ana, que era excelente para guardar un secreto, pidió en este delicado asunto al lord-canciller una relación confidencial del género llamado «relación al oído real». Esta clase de relaciones son habituales en las monarquías. En Viena hubo el *consejero de oído*, que era un personaje áulico; desempeñaba la antigua dignidad carolingia de *auricularius*, de las antiguas cartas palatinas; era el que hablaba en voz baja al Emperador.

William, Barón Cowper, canceller de Inglaterra, en quien la Reina depositaba su confianza, porque era miope como ella, había extractado una Memoria que comenzaba así: «Dos aves estaban a las órdenes de Salomón: una moñuda, que hablaba todas las lenguas, y otra águila, que cubría con la sombra de sus alas una caravana de veinte mil hombres. Esto mismo, pero en otra forma, la Providencia... etc., etc.» El lord-canciller hacía constar el hecho de un heredero de un par robado, mutilado y hallado después; pero no vituperaba a Jacobo II, padre de la Reina, y para no vituperarle alegaba sus razones. Primera: las antiguas máximas monárquicas. *Et senioratu erigimus. In returagio cadat*. Segunda: el derecho de mutilación existe. Chamberlayne lo afirma. *Corpora et bona nostrorum subjectorum nostra sunt* (1), dijo Jacobo I, de docta y gloriosa memoria. Ordenó arrancar los ojos a dos Duques de sangre real por el bienestar del reino. Algunos Príncipes, demasiado cercanos al Trono, han sido útilmente ahogados entre dos colchones, y han pasado por muertos de apoplejía, y ahogar es más que mutilar. El Rey de Túnez hizo arrancar los ojos a su padre Muley-Assem, y sus embajadores no por eso dejaron de ser recibidos por el Emperador. Luego el Rey puede mandar la supresión de un miembro como otra supresión del Estado, y esto es legal. Una legalidad no excluye a otra. «Si el ahogado sobrenada y aparece en la orilla vivo todavía, es señal de que Dios ha retrocedido la acción del Rey. Si el heredero aparece, debe restituirse la herencia.

(1) «La vida y los miembros de los vasallos dependen del Rey.» (Chamberlayne, segunda parte capítulo V., pág. 76.)

»Así se hizo con lord Alla, Rey de Northumbre, que había sido también saltimbanqui; así también debe hacerse con Gwynplaine, que también es Rey, esto es, lord. La humildad del oficio desempeñado y sufrido por fuerza mayor, no deslustra el blasón; de ello es testimonio Abdolonyme, que era Rey y antes había sido jardinero; Josef, que era santo y que fué carpintero; y Apolo, que era dios y que había sido pastor.» En una palabra, el sabio canceller acababa pidiendo que se reintegrase en todos sus bienes y dignidades a Fernando, lord Clancharlie, falsamente llamado Gwynplaine, «con la única condición de ser confrontado con el malhechor Hardquanonne y reconocido por él». De esta manera, el canceller, guardián constitucional de la conciencia real, tranquilizaba esta conciencia.

El lord-canciller recordaba por medio de un *post-scriptum* para en el caso de que Hardquanonne rehusase declarar, que debía aplicársele la «pena dura y fuerte», y que entonces debía efectuarse la confrontación el cuarto día; lo que tiene el inconveniente de que si el paciente muere el segundo ó el tercer día, no puede ya verificarse la confrontación; pero la ley debe cumplirse. El inconveniente de la ley, forma parte de la ley.

En el espíritu del lord-canciller no cabía duda de que Hardquanonne reconocería a Gwynplaine.

Cuando se enteró Ana de la deformidad del volatinero, no queriendo perjudicar a su hermana, que había tomado posesión de los bienes de los Clancharlies, decidió con complacencia que la Duquesa Josiana se casase con el nuevo lord, esto es, con Gwynplaine.

La reintegración de lord Fernando Clancharlie, era, por otra parte, felicísima, siendo, como era, heredero directo y legítimo. Para las filiaciones dudosas ó para las parías «in abeyance» reivindicadas por los colaterales, debía consultarse a la Cámara de los Lores. Pero en el presente caso no había litigio; era una legitimidad evidente, un derecho claro y cierto, no había por qué consultar a la Cámara, y la Reina, asesorada por el lord-canciller, era suficiente para reconocer y admitir al nuevo lord.

Barkilphedro lo dirigió todo. Este asunto, gracias a él, quedó tan oculto y tan bien

cerrado, que ni Josiana ni lord David tuvieron la idea más remota de él. La inabordable Josiana iba á tener una escarpadura que podría bloquearse fácilmente, y á lord David le mandaron al mar, á las costas de Flandes: iba á perder la *lordship* y no lo sabía.

Debemos anotar el siguiente detalle: Aconteció que á diez leguas del surgidero de la estación naval que mandaba lord David, un capitán llamado Halyburton forzó á la flota francesa. El Conde de Pembroke, presidente del Consejo, hizo la propuesta de promoción á contralmirante del capitán Halyburton; pero la Reina Ana borró el nombre de este capitán y le sustituyó con el de lord David Dirry-Moir, con la idea de que éste, al saber que ya no era par, tuviese el consuelo de ser contralmirante. Ana, cuando hizo esta sustitución, se quedó satisfecha, porque proporcionaba un marido horrible á su hermana y un ascenso envidiable á lord David, mezclando la malicia con la bondad. Su majestad iba á representar una comedia. Decía que reparaba un abuso de poder de su augusto padre, que restituía un miembro á la pairía, que obraba como una gran reina, protegiendo al inocente por la voluntad de Dios; y es muy placentero hacer una acción justa, que es desagradable para la persona que no se quiere.

Para obrar así, por otra parte, le bastaba á la Reina saber que era deforme el futuro marido de su hermana, aunque desconocía la clase de fealdad de Gwynplaine, porque Barkilphedro no había tenido aún tiempo para enterarla y Ana no se dignó preguntarlo á los demás: después de todo, esto no le importaba.

La Cámara de los Lores debía estarle agradecida. El lord-canciller, que era el oráculo, había hablado. Restaurar un par es restaurar toda la pairía; la monarquía se mostraba en esta ocasión respetuosa guardiana de sus privilegios. Por horrible que fuese el semblante del nuevo lord, un rostro no es nunca una objeción contra un derecho. Ana se dijo á sí misma, poco más ó menos, todo esto, y se fué recta á satisfacer su objeto femenino y real.

La Reina se hallaba entonces en Windsor, lo que ponía alguna distancia entre las intrigas de la corte y el público, y además,

únicamente las personas absolutamente precisas estaban en el secreto de lo que iba á suceder.

Barkilphedro estaba satisfecho, lo que añadió á su fisonomía expresión más lúgubre, á pesar de que la alegría es poco á propósito para dar tal expresión. Gozó la voluptuosidad de probar el primero la calabaza de Hardquanonne. Este hallazgo no le causó gran sorpresa, porque el asombro no es propio de los espíritus menguados. Por otra parte hacía mucho tiempo que esperaba algo de la casualidad, y pues lo aguardaba, debía llegar.

El *Nihil mirari* constituía parte de su continente; pero en el fondo estaba maravillado. El que hubiese podido arrancarle la máscara con que cubría la conciencia, hasta delante de Dios, hubiera visto en Barkilphedro lo que sigue: precisamente en aquellos momentos comenzaba á convencerse de que sería imposible para él, enemigo íntimo é ínfimo, causar herida alguna en la elevada existencia de la Duquesa Josiana, y este convencimiento le ocasionaba un acceso frenético de animosidad latente y le conducía hasta el paroxismo que se llama desfallecimiento. Estaba tan furioso que desesperaba. Barkilphedro llegaba ya al extremo de renunciar, no á desear el daño de Josiana, sino á causárselo; no á la rabia, sino á la mordedura. ¡Qué caída para él! ¡Soltar la presa! ¡Guardar para siempre el odio dentro de la vaina, como un puñal en un museo! ¡Ruda humillación!

Pero de improviso la calabaza de Hardquanonne vino de ola en ola á caer en sus manos. Barkilphedro, ante la presencia de dos testigos, jurados indiferentes del Almirantazgo, abre la calabaza, halla el pergamino, lo desdobra y lee... ¡Monstruosa fué la satisfacción que le causó su lectura!

Causa extrañeza ver que el mar, el viento, los espacios, el flujo y el reflujo, los tormentos y las calmas puedan conjurarse para proporcionar la felicidad á un malhechor; esta complicidad duró quince años; durante ese tiempo el Océano no estuvo un minuto sin trabajar para lograr ese objeto. Las olas se transmitieron unas á otras la calabaza sobrenadando; los escollos esquivaron el choque del vidrio; ni una hendidura lo dislocó, ningún frote gastó el tapón; las algas no pudrieron los mimbres, los maris-

cos no habían roído la palabra *Hardquanonne*, el agua no pudo penetrar en su interior, el enmohecimiento no había deshecho el pergamino, la humedad no borró lo escrito; y de esta suerte, el objeto que el doctor Gerhardus arrojó al mar, el mar se lo remitió á Barkilphedro, y el mensaje dirigido á Dios lo recibió el demonio. Hubo abuso de confianza en la inmensidad, y la ironía obscura que en todas las cosas se mezcla, se lo arregló de manera que complicó el triunfo leal, el niño perdido, Gwynplaine, transformado en lord Clancharlie, con una victoria venenosa, é hizo malignamente una buena acción, poniendo la justicia al servicio de la iniquidad. Libertar á la víctima de Jacobo II era dar una presa á Barkilphedro. Rehabilitar á Gwynplaine era entregarle á Josiana. Barkilphedro triunfaba: ¡y para lograr este triunfo, durante tantos años las olas y las ráfagas habían respetado esa calabaza, preñada de tantos acontecimientos! ¡Se efectuaba este prodigio para complacer á un miserable! ¡El infinito era el colaborador de un vil gusano! El destino tiene voluntades sombrías.

Barkilphedro tuvo un instante de orgullo satánico al creerse el centro y el fin de lo sucedido, pero se engañaba. Rehabilitemos al azar; no era ése el verdadero sentido del hecho notable, del que se aprovechaba el odio de Barkilphedro. El Océano se constituyó en padre y madre de un huérfano, desatando la tormenta contra sus verdugos, haciendo añicos al buque que rechazó al niño, tragándose á los naufragos, rehusando sus súplicas y aceptando únicamente su arrepentimiento; la tempestad recibió un depósito de las manos de la muerte, y el fuerte navío que llevaba á los criminales, fué reemplazado por la frágil redoma que encerraba la separación; el mar, cambiando de papel, de pantera se transformó en nodriza, y púsose á mecer, no al niño, sino al destino del niño, mientras éste crecía, desconociendo lo que el abismo hacía por él; las olas, á las que echaron la calabaza, velaron por un pasado que encerraba un porvenir; el huracán soplando, las corrientes dirigiendo el frágil objeto á través del insondable itinerario del agua, obrando con maña las algas, las olas y las rocas; tomando bajo su protección á un inocente la

vasta espuma del abismo, siendo imperturbable la ola como la conciencia, el caos restableciendo el orden, el mundo de las tinieblas conduciendo á la claridad, y empleando todas sus sombras en hacer brillar el astro de la verdad; el proscrito consolado en su soledad, la herencia restituida al heredero, el crimen del Rey destruido, la premeditación divina obedecida, y el pequeño, el débil, el abandonado, teniendo por tutor al infinito; he aquí lo que Barkilphedro pudo ver en el acontecimiento que creyó realizado por él, y he aquí lo que no vió, no comprendiendo que se realizaba en favor de Gwynplaine y no en favor suyo.

Por otra parte, extrañar que un frágil objeto pueda nadar durante quince años sin sufrir avería alguna, es desconocer la profunda suavidad del Océano. El 4 de octubre de 1867, en Morbilan, entre la isla de Groix y la roca de los Errantes, unos pescadores de Port-Louis hallaron una ánfora romana del cuarto siglo, que cubrían de arabescos las incrustaciones del mar. Dicha ánfora había flotado quinientos años.

Aunque Barkilphedro quiso conservar su aspecto flemático, su asombro era idéntico á su alegría. Todo se le presentaba bien, como si estuviese preparado. Los pedazos de la aventura, que había de satisfacer su odio, estaban esparcidos de antemano, pero á su alcance; no necesitaba más que juntarlos y soldarlos.

Sabía quién era Gwynplaine: *Mosca ridens*. Como todo el mundo, también había ido él á ver al *Hombre que ríe*, y había leído el cartel fijado en la posada de Tadcaster, como se lee el cartel de un espectáculo que atrae mucho público, y se acordaba muy bien: este cartel, en la evocación eléctrica que se operó en él, reapareció ante su mirada profunda, y fué á colocarse al lado del pergamino de los naufragos, como la respuesta al lado de la interrogación, como la palabra al lado del enigma, y estas líneas, «Aquí se verá á Gwynplaine, abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de enero de 1690, á la orilla del mar, en Portland», adquirieron de pronto ante su vista resplandecimiento apocalíptico, y esta visión tuvo para él el centelleo del *Mane Thecel Phares* sobre un tinglado de feria. El niño perdido se encontró, y era un lord Clancharlie. La pairía, la riqueza, el poder

y el rango, todo esto acababa para lord David Dirry-Moir y comenzaba para Gwynplaine. Castillos, bosques, sitios de caza, palacios, dominios y hasta Josiana, todo era para Gwynplaine. ¿Qué iba á tener, en cambio, la orgullosa Duquesa? Ilustre y alta, poseía un histrión; bella y fascinante, á un monstruo. Nunca hubiera podido imaginar Barkilphedro tan tremenda solución; por eso estaba entusiasmado. La munificencia infernal de lo imprevisto puede sobrepasar á las combinaciones más odiosas. Cuando la realidad quiere produce obras magistrales.

Al asegurarse de esto, á Barkilphedro le parecieron estúpidos los pensamientos vengativos que le habfan ocurrido. Este acontecimiento era superior á ellos. Aunque lo sucedido le perjudicara, le hubiera complacido, no obstante, que se realizase; hay una clase de insectos desinteresados que pican sabiendo que morirán al picar, y Barkilphedro era uno de esos gusanos.

En esta ocasión no podía tener desinterés alguno. Lord David no le debía nada y lord Clancharlie iba á debérselo todo. De protegido iba Barkilphedro á pasar á protector, ¿y protector de quién? ¿De un par de Inglaterra! Y este lord sería el cuñado morgánico de la Reina! Por ser tan horrible, complacería á la Reina tanto como desagradaría á la Duquesa Josiana. Impulsado por este favor y vistiendo grave y con modestia, Barkilphedro podría llegar á ser un personaje. Tuvo siempre propensión á la Iglesia, y sentía vagos deseos de ser obispo. Aguardando que llegase esa coyuntura, se conceptuaba dichoso.

Barkilphedro era hábil en el arte de la sugestión, que estriba en abrir en el espíritu de los demás una pequeña incisión, en la que se mete una idea propia: conservándose á cierta distancia y aparentando no mezclarse en nada, consiguió que Josiana fuese á la Green-Box y que viera á Gwynplaine. Esto no podía perjudicar. El volatínero, desempeñando su bajo oficio, era un buen ingrediente para la combinación; más tarde esto la sazónaría.

El silencio todo lo prevenía de antemano, deseando producir algo repentino que cayese como un rayo. Cuando concluyeron los preliminares, veló por que se cumplieren todas las formalidades legalmente, y el secreto no se quebrantó, porque el silencio formaba parte de la ley.

La confrontación de Hardquanonne con

Gwynplaine verificóse, y Barkilphedro la presencié. Ya hemos visto su resultado.

El mismo día, una carroza de posta de la Reina, fué bruscamente, de parte de su majestad, á buscar á Josiana á Londres, para conducirla á Windsor, donde Ana pasaba la estación. Josiana, por alguna idea que la agitaba, hubiese deseado desobedecer, ó por lo menos, retardar la partida hasta el día siguiente, pero en la vida de la corte no caben estas resistencias; tuvo que ponerse en camino en seguida y abandonar su residencia de Londres, Hunkerville-housse, por su residencia de Windsor, Corleone-lodge.

La Duquesa Josiana salió de Londres en el mismo instante en que el wapentake se presentaba en la posada de Tadcaster para llevarse á Gwynplaine y conducirlo al subterráneo penal de Southwark.

Cuando la Duquesa llegó á Windsor, el ujier de la vara negra, que guarda la Cámara de presencia, le comunicó que su majestad se había encerrado con el lord-canciller y de que no podía recibirla hasta el día siguiente: supo ya á qué atenerse en Corleone, según disposición de su majestad, y que ésta le enviaría sus órdenes cuando se despertase al día siguiente por la mañana. Josiana entró en su casa disgustada, cenó de mal humor, tuvo jaqueca, despidió á todo el mundo, exceptuando á su groom; después le despidió también y se acostó cuando ya era de día.

Al llegar, supo que lord David Dirry-Moir recibió también la orden de venir inmediatamente á tomar las órdenes de la Reina, y que al día siguiente le aguardaban en Windsor.

III

NADIE PASARÍA SÚBITAMENTE DE LA SIBERIA AL SENEGAL SIN PERDER EL CONOCIMIENTO.—(Humboldt).

No debe extrañarnos que se desmaye el hombre más fuerte y más enérgico cuando recibe un golpe de maza de la fortuna.

Francisco de Albescoia, que arrancó á los puertos turcos sus cadenas de hierro, cuando le nombraron Papa estuvo un día entero sin conocimiento, y de cardenal á Papa el salto es mucho menor que de saltimbanqui á par de Inglaterra. Nada es tan violento como estas roturas del equilibrio.

Era ya de noche cuando Gwynplaine volvió en sí y abrió los ojos. Se hallaba sentado en un sillón y en una vasta cámara toda cubierta de terciopelo de color de púrpura, paredes, piso y techo; se andaba en ella sobre terciopelo. Próximo á él, estaba de pie y con la cabeza descubierta, el hombre del vientre grueso y de la capa de viaje que salió por detrás de un pilar del subterráneo de Southwark. Gwynplaine, desde el sillón, podía, extendiendo el brazo, tocar dos mesas que cada una de ellas sostenía un candelabro con seis cirios encendidos. En una de las mesas había papeles y un cofrecito, y en la otra, en una fuente de plata sobredorada, volatería fría y una botella de brandy.

Por los vidrios de una gran ventana, que desde el suelo llegaba hasta el techo, el cielo nocturno y claro del mes de abril dejaba entrever á la parte exterior un semicírculo de columnas en derredor de un patio cerrado con un portal de tres puertas, una alta y dos bajas; la puerta cochera, muy grande, en el centro; á la derecha la puerta de las caballerizas, que era menor, y á la izquierda, la puerta de los mozos y dependientes de las cuadras, que era más pequeña todavía. Las tres puertas estaban cerradas con rejas, cuyos remates brillaban, y un dibujo de escultura elevado coronaba la central. Las columnas eran de mármol, como el pavimento del patio, que parecía nevado, encuadrando en su sábana de láminas lisas un mosaico que no se podía divisar claro en la obscuridad, pero que de día presentaría á la vista todos los esmaltes y todos los colores de un gigantesco blasón, según la moda florentina. Por encima del patio elevábase inmensa arquitectura brumosa y vaga contemplándola de noche, é intervalos de cielo, llenos de estrellas, recortaban la silueta de un palacio.

En la cámara en que estaba Gwynplaine, en el fondo y frente á la ventana, se veía á un lado una chimenea muy alta, y al otro lado, debajo de un dosel, un espacioso lecho feudal, uno de esos lechos á los que se subía con una escala y en los que podían acostarse á través. El escabel del lecho estaba á un lado de él. Una línea de sillones arri-

mados á la pared y otra de sillas completaban el mueblaje: fuego de leña, á la francesa, llameaba en la chimenea: por la riqueza de las llamas y por sus estrías rosadas y verdes, un inteligente hubiera afirmado que aquella leña era de fresno, lo que indicaba un gran lujo; la cámara era tan extensa, que á pesar de las doce luces de los dos candelabros estaba oscura. Aquí y allá, portiers caídos y flotantes indicaban comunicaciones con las otras cámaras. El conjunto de la estancia que describimos presentaba el aspecto cuadrado y macizo del tiempo de Jacobo I, moda antigua y soberbia: como las paredes, el techo y el piso, las colgaduras, el dosel, el baldaquí, la cama, el escabel, la chimenea, los tapetes de las mesas, los sillones y las sillas, todo era de terciopelo carmesí. Únicamente en el techo había adornos de oro: en él, á igual distancia de los cuatro ángulos y en el centro, campeaba un escudo redondo de metal, en el que chispeaba un deslumbrador relieve de armas; en estas armas, sobre los blasones, próximos uno de otro, veíase un burlete de Barón y una corona de Marqués: ¿eran de cobre dorado ó de plata sobredorada? No se sabía; parecían de oro. En el centro de este techo señorial, magnífico cielo obscuro, ese centelleante escudo daba resplandor sombrío de un sol de noche.

El hombre salvaje injertado de hombre libre, está tan inquieto en un palacio como en una prisión. Esos sitios soberbios le marean y sus magnificencias le amedrentan. ¿Quién era el habitante de esta morada augusta? ¿A qué coloso pertenecía esta grandeza? ¿De que león era antro este palacio?

Gwynplaine, no despierto aún por completo, tenía oprimido el corazón.

—¿En dónde estoy?...—preguntó.

El hombre que permanecía en pie ante él le contestó:

—Estáis en vuestra casa, milord.

¿Quién no ha tenido esta balanza en el cerebro?

Por grados se dilataba su mente en la obscuridad del incidente, como se dilataron sus pupilas en las tinieblas del subterráneo de Southwark. Lo difícil para él era poder lograr poner cierto espacio entre tantas tentaciones acumuladas. Para que la combustión de ideas confusas, llamada comprensión, pueda verificarse, es necesario que tengan aire las emociones, y aquí no lo tenían. El acontecimiento, por decirlo así, no era respirable. Al penetrar Gwynplaine en el terrorífico subterráneo de Southwark, esperaba que le iban á atar con la cadena del forzado, y le ciñeron á la cabeza la corona de par. ¿Cómo fué esto posible? No mediaba ningún tiempo entre lo que Gwynplaine temía y lo que le sucedió: las dos cosas se sucedieron demasiado de prisa; su sobresalto se trocó en asombro demasiado repentinamente para poderse dar razón de ello. Los contrastes estaban demasiado juntos.

Gwynplaine callaba, porque éste es el instinto de los grandes estupores, que están á la defensiva más de lo que se cree. El que calla hace frente á todo. Una palabra escapada y cogida entre el engranaje desconocido, puede arrojarnos debajo de no sé qué ruedas, y ser estrellados es el miedo de los pequeños. La multitud teme siempre que le pongan el pie encima, y Gwynplaine hacía muchos años que pertenecía á esa multitud.

El estado singular de la inquietud humana se traduce con estas palabras: ver venir; Gwynplaine se encontraba en este estado. No se hallaba aún en equilibrio con su nueva situación.

El hombre que estaba en pie le repitió:

—Estáis en vuestra casa, milord.

Gwynplaine se tocaba á sí mismo. Cuando nos dan alguna sorpresa miramos para cerciorarnos de que los objetos existen, y después nos tocamos, para ver si existimos nosotros mismos. A él le hablaba Barkilphedro, pero él realmente era otro; no tenía ya la capa ni la esclavina de cuero; llevaba un chaleco de tela de plata y un traje de satén bordado, y tenía una bolsa llena en el bolsillo del chaleco. Le condujeron á un palacio y le cambiaron de ropas.

El hombre que estaba de pie prosiguió hablándole:

—Dígnese vuestra señoría acordarse de lo que voy á decirle. Me llamo Barkilphedro.

IV

FASCINACIÓN

Gwynplaine fué arrojado al fondo del asombro, y necesitó mucho tiempo para llegar á la superficie, porque no se afirma inmediatamente el pie en lo desconocido. Las ideas sufren derrotas como los ejércitos, y no se logra rehacerlas en seguida. Nos creemos como diseminados al asistir á una disipación de nosotros mismos. Dios es el brazo, el acaso la honda y el hombre la piedra: no es posible resistir una vez lanzada.

Gwynplaine saltaba de un asombro á otro: de la misiva amorosa de la Duquesa á la revelación del subterráneo de Southwark.

Cuando lo inesperado empieza en una vida, hay que prepararse para recibir una emoción tras otra; cuando su puerta ferroz se abre, las sorpresas precipitanse por ella. Una vez abierta la brecha, pasan por ella confundidos los acontecimientos, y lo extraordinario no llega una sola vez.

Lo extraordinario es una obscuridad, y esta obscuridad envolvía á Gwynplaine. Lo que le sucedía era incomprendible: lo entreveía á través de la niebla que la conmoción profunda deja en la inteligencia, como polvo que salta de un derribo. Su sacudida fué de abajo arriba, y nada percibía claro, pero poco á poco iba restableciéndose la transparencia: el polvo iba cayendo; de momento en momento la densidad del hundimiento disminuía. Gwynplaine tenía la mirada fija en un sueño y trataba de ver lo que había dentro. Descomponía y recomponía la nube. Tenía intervalos de alucinación. Sufría la oscilación que siente el espíritu de lo imprevisto: la que unas veces nos inclina á la parte que se comprende y otras á la parte que no se comprende.

dro. Soy oficial del Almirantazgo. Yo abrí la calabaza de Hardquanonne y extraje de ella vuestro destino, así como en los cuentos árabes un pescador hace salir un gigante de una botella.

Gwynplaine se fijó entonces en el rostro risueño del hombre que le hablaba, y éste continuó:

—Además de este palacio, milord, poseéis á Hunkerville-house, que es mayor. Es vuestro Clancharlie-castle, que es donde radica vuestra pairía, y que es una fortaleza del tiempo de Eduardo el Viejo. Poseéis decinueve bailías con sus aldeas y aldeanos, que alistan bajo vuestra bandera de lord casi ochenta mil vasallos. En Clancharlie sois juez, juez de todo, de bienes y de personas, y disponéis de corte de Barón. El Rey tiene, como vos, el derecho de acuñar moneda. El Rey, que la ley normanda califica de chief-signor, tiene su justicia, su corte y su *coin*. *Coin* es la moneda; de suerte que sois Rey en vuestra señoría como él lo es en el reino. Tenéis derecho, como Barón, á una horca de cuatro pilares en Inglaterra, y como Marqués, á un patíbulo de siete pilares en Sicilia. Las antiguas cartas de Northumbre os llaman Príncipe. Estáis aliado á los Vizcondes Valentia, en Irlanda, que son Power, y á los Condes de Umfraville, en Escocia, que son Angus. Sois jefe de Clan como Campbell, Ardmannach y Mac-Callummore. Poseéis ocho castellanías. Cobráis derechos de las turbas (carbones) de Pillimore y de las canteras de alabastro de Trent; poseéis todo el territorio de Pennethchase y una montaña encima de la cual hay un antiguo pueblo; éste se llama Vinecannton, y la montaña Moil-eulli. Todo esto os produce una renta de cuarenta mil libras esterlinas.

Mientras Barkilphedro decía esto, Gwynplaine, con un crescendo de estupefacción, recordaba á Ursus, porque todos los nombres que aquél pronunciaba le eran conocidos; estaban escritos en las últimas líneas de las planchas de la antigua choza ambulante en la que pasó su infancia, y por haberlos leído muchas veces los sabía de memoria. Cuando Gwynplaine, huérfano y abandonado, llegó á la choza de Weymouth, halló en ella la herencia que le esperaba inventariada; y cuando el pobre niño se despertaba por la mañana, lo primero

que delectaba, distraído y descuidado, era su señoría y su pairía. ¡Detalle extraño añadido á sus sorpresas!

Barkilphedro tocó con el índice el cofrecillo que estaba sobre la mesa y continuó:

—Milord, ese cofrecillo encierra dos mil guineas que su graciosa majestad la Reina os envía para subvenir á vuestras primeras necesidades.

Gwynplaine hizo un movimiento de sorpresa.

—Pues serán para mi padre Ursus—dijo.

—Como gustéis, milord. Ursus, que está en la posada Tadcaster. El doctor en derecho que os acompañó hasta aquí va á partir inmediatamente y se las llevará. Quizás yo también vaya á Londres, y en este caso yo me encargaré de entregárselas.

—Yo se las llevaré — replicó Gwynplaine.

Barkilphedro dejó de sonreír y dijo:

—Imposible.

Existe una inflexión de voz que subraya lo que pronuncia, y Barkilphedro habló con ese acento, parándose como para poner un punto á la palabra que acababa de emitir. Después continuó, con la entonación respetuosa y particular del criado que se reconoce amo:

—Milord, estáis á veintitrés millas de Londres, os halláis en Corleone-lodge, en vuestra residencia de corte, contigua al palacio real de Windsor. Estáis aquí sin que nadie lo sepa. Os condujeron aquí en una carroza cerrada, que os aguardaba á la puerta principal de la cárcel de Southwark. Los que os introdujeron en este palacio, desconocen quién sois, pero os conocen y esto es bastante. Pudisteis llegar hasta esta estancia por medio de una llave que está en mi poder. Duermen en el palacio muchas gentes en estos momentos y no es hora de despertarlas. Por eso tenemos tiempo para una explicación que será breve, y voy á dárosela, que para eso me comisionó su majestad.

Barkilphedro se puso á hojear el lio de cuadernos que estaba sobre la mesa, al lado del cofrecillo.

—Milord, aquí tenéis vuestra patente de par. Aquí está el título de marquesado de Sicilia. He aquí los pergaminos y los diplomas de vuestras ocho baronías, con los

sellos de once reyes, desde Baldret, Rey de Kent, hasta Jacobo VI y I de Inglaterra y de Escocia. Aquí tenéis todos vuestros títulos. Las coronas que en el blasón del techo veis, son las vuestras; el burlete de perlas de Barón y el círculo de florones de Marqués. A vuestro lado, en vuestro vestuario, tenéis el traje de par de terciopelo rojo con bandas de armiño. Hoy mismo, hace algunas horas, el lord-canciller y el diputado-conde-mariscal de Inglaterra, enterados del resultado de vuestra confrontación con el compranión Hardquanonne, han recibido órdenes de su majestad. Todas las formalidades están ya cumplidas, y mañana seréis admitido en la Cámara de los Lores, en la que se delibera hace ya algunos días sobre un bill presentado por la Corona y que tiene por objeto aumentar cien mil libras esterlinas á la dotación anual del duque de Cumberland, esposo de la Reina, y ya podréis intervenir en esa discusión.

Barkilphedro se interrumpió, respiró con lentitud y siguió hablando:

—Lo que os digo no se ha realizado todavía y nadie es par en Inglaterra contra su voluntad. Todo puede anularse y desaparecer si así lo queréis. Acontecimientos que se disipan antes de realizarse se ven frecuentemente en la política. Hasta ahora nadie sabe nada; la Cámara de los Lores no se enterará hasta mañana. El secreto de este asunto se guardó por razón de Estado, que es de tan transcendentales consecuencias para las personas graves—únicas que están en el secreto de vuestra existencia y de vuestros derechos,—que los olvidarian en seguida si la razón de Estado les ordenase que los olvidasen. Lo que está en la obscuridad puede permanecer en la obscuridad. Esto sería fácil de lograr, y tanto más, cuanto que tenéis un hermano, hijo natural de vuestro padre y de una mujer que, después, durante el destierro de vuestro padre, fué amante del Rey Jacobo II, y por lo que vuestro hermano está bien querido en la corte, y á éste, aunque es bastardo, iría á parar vuestra pairía. ¿Deseáis esto? No lo creo, pero todo depende de vos. Es necesario obedecer á la Reina, y no podéis salir de esta residencia hasta mañana, para ir á la Cámara de los Lores. Milord, ¿deseáis ser par de Inglaterra, sí ó no? La Reina tiene sus miras respecto á vos; os destina á una alianza casi real. Lord Fernando Clancharlie, éste es el mo-

mento decisivo. El destino no abre nunca una puerta sin cerrar otra. Después de avanzar mucho, ya no será dable retroceder, porque el que entra en la transfiguración queda desvanecido. Milord, Gwynplaine ha muerto. ¿Me comprendéis?

Gwynplaine tembló de pies á cabeza; después se rehizo y respondió:

—Sí, os comprendo.

Barkilphedro sonrió, saludó, cogió el cofrecillo, y ocultándole debajo de la capa, salió de la estancia.

V

ESTADO DE GWYNPLAINE

Extraños son los cambios visibles que, en ocasiones, experimenta el alma humana. Gwynplaine se vió al mismo tiempo elevado á la cumbre y arrojado en el abismo; sentía el vértigo, pero vértigo doble, el vértigo de la ascensión y el de la caída.

Ver un nuevo horizonte es temible. Una perspectiva da consejos, no siempre buenos. Gwynplaine percibía ante él el agujero mágico que forma una nube, que se desgarró y deja ver el azul profundo, tan profundo que es obscuro. Estaba en lo alto de la montaña desde la que se ven los reinos de la tierra, montaña más terrible porque no existe; los que escalan su cumbre están soñando; la tentación de ella es el abismo, y es tan poderosa, que el infierno espera en su cima corromper al paraíso, y el diablo lleva allí á Dios, teniendo la extraña esperanza de fascinar á la eternidad. ¿cómo ha de luchar el hombre donde Satán tienta á Jesús?

Desde esta montaña se ven palacios, castillos, el poder, la opulencia, todas las felicidades humanas alrededor, un mapamundi de goces expuestos en el horizonte, una especie de geografía radiante, en la que el

centro es el que contempla ese espejismo peligroso.

Figuras que turbación debe causar semejante visión aparecida de repente, sin precauciones anteriores, sin transición visible.

Gwynplaine era un hombre que se quedó dormido en el agujero de un topo y se despertó en lo más alto del campanario de Strasburgo.

Cuando Gwynplaine se quedó solo, se puso á andar á grandes pasos por la cámara.

Dominado por extraña agitación, y en la imposibilidad de estarse quieto, meditaba, ensimismándose en sus recuerdos. ¡Es fenómeno sorprendente estar siempre oyendo lo que apenas creímos haber comprendido!

La declaración de los naufragos que le leyó el sheriff en el subterráneo de Southwark acudíale á la memoria clara é inteligible, recordaba cada palabra de ella y le refrescaba las reminiscencias de su niñez.

De súbito se paró, con las manos á la espalda, mirando al techo, queriendo, sin duda, mirar al cielo, y exclamó:

—¡Esto es la revancha!

Le pareció que todo lo veía: su pasado, su presente, su porvenir, á la luz de una claridad repentina.

—¡Ah! —gritó, pues el pensamiento, como el corazón, tiene sus gritos.—¡Ah! ¡yo era un lord! ¡Todo se ha descubierto! ¡Me robaron, me vendieron, me desheredaron y me abandonaron para que pereciese en el abandono! ¡El cadáver de mi destino ha flotado quince años en el mar, y de improviso ha tocado en la tierra y se levanta derecho y vivo! Renazco. Por eso sentía yo palpar bajo mis harapos algo que no era de miserable, y al volverme á mirar á los hombres comprendía que sólo eran un rebaño, pero que yo no era su perro, sino su pastor. Pastores de pueblos, conductores de hombres, guías y señores eran mis padres, y lo que ellos eran soy yo. Soy gentilhombre, y poseo espada; Soy Barón, y ciño un casco; soy Marqués, y uso penacho; soy par, y llevo una corona. ¡Todo esto me habían robado! Siendo un habitante de la luz, me condenaron á morir en las tinieblas. Los que proscibieron al padre vendieron al hijo. Cuando mi

padre murió le quitaron de bajo de la cabeza la piedra del destierro, que le servía de almohada, y me la ataron al cuello, echándome con ella á una albañal. Los bandidos que torturaron mi infancia se remueven y se levantan ahora en lo más profundo de mi memoria: ¡sí, los vuelvo á ver!... He sido el trozo de carne picoteado sobre una tumba por una bandada de cuervos. Me precipitaron, para que me estrellasen los que van y vienen, para que me pateasen todos, á la profundidad más honda del género humano; más hondo que el criado, que el siervo, que el paria, precipitándome al sitio en que el caos se convierte en cloaca. De ésta es de donde salgo: ¡desde ella me remonto, desde ella resucito, y soy lord! ¡Esta es mi revancha!

Se sentó, se volvió á levantar, se cogió la cabeza con las manos, y prosiguió su monólogo tempestuoso:

—¿En dónde estoy? En la cumbre. ¿A dónde he llegado? A la cima. Es un hecho que soy todopoderoso. De este templo aéreo soy yo uno de los dioses: vivo en lo inaccesible. Esta altura, que con asombro contemplaba desde abajo, y desde la que caían tantos rayos, que me obligan á cerrar los ojos; la fortaleza inexpugnable de la señoría, donde viven los dichosos, me abre sus puertas y entro en ella. He entrado ya. La rueda de la fortuna ha dado una vuelta por completo: ¡ayer estaba abajo y hoy estoy arriba! ¡Arriba para siempre! Soy un lord, usaré manto de escarlata, tendré florones en el escudo, asistiré al coronamiento de los Reyes, á los que tomaré el juramento; juzgaré á los ministros y á los Príncipes; en una palabra, ¡viviré! Desde las profundidades adonde me lanzaron me remonto hasta el cenit. Tengo palacios en la ciudad y en el campo; hoteles, jardines, bosques, carrozas, millones; daré fiestas, formularé leyes, podré escoger mis alegrías y mis felicidades, y el vagabundo Gwynplaine, que no tenía derecho ni á coger una flor entre la hierba, podrá coger astros en el cielo.

Fúnebre retorno de la sombra en el alma: así se verificaba en Gwynplaine, que fué un héroe, y que no había dejado de serlo, el reemplazo de la grandeza moral por la grandeza material. Lúgubre transición, quebrantamiento de una virtud por una

horda de demonios que pasa. Sorpresa causada al lado débil del hombre. Todas las inferioridades que se creen ser superioridades, las ambiciones, las voluntades, las pasiones, las concupiscencias, arrojadas lejos de Gwynplaine por la muerte de su desgracia, se volvían á apoderar en tumulto de su corazón generoso. ¿A qué se debía todo esto? Al encuentro de un pergamino, que encerraba una calabaza que arrojó el mar.

Gwynplaine bebía el orgullo á grandes sorbos, y esto le oscurecía el alma, porque aquél es el producto de ese vino trágico. Le invadía el aturdimiento, y no sólo él lo consentía, sino que lo saboreaba, á causa de haber sufrido larga sed. ¿Somos cómplices de la copa que nos hace perder la razón? Gwynplaine había siempre deseado vagamente la grandeza, y miraba siempre hacia la parte de los grandes, y mirar es desear. El aguilucho no nace impunemente en el aire.

Había ya ciertos momentos en que ser lord lo encontraba muy natural, á pesar del poco tiempo que lo era: el pasado de ayer se hallaba ya muy lejos de él.

Se resiste mejor á la adversidad que á la prosperidad. Salimos más enteros de la mala suerte que de la buena. Caribdis es la miseria, pero Scila es la riqueza. A los que desafían al rayo les espanta el deslumbramiento. Gwynplaine, que no se asombraba del precipicio, debía temer que le remontasen las legiones de alas de la nube y del sueño. La ascensión se elevaría empujándole. La apoteosis encierra el poder sin maestro de abatir.

Conocerse á sí mismo en medio de la felicidad no es fácil. La casualidad no es más que un antifaz, cuya fisonomía engaña. ¿Es la de la Providencia? ¿Es la de la fatalidad? Existen falsas claridades: la luz es la verdad, pero un resplandor puede ser una perfidia, y parece que alumbra, pero incendia. Es de noche: una mano enciende una vela; el vil sebo se transforma en estrella, y, colocada en la obscuridad, á la orilla de una abertura, la mariposa nocturna se lanza á ella. ¿Hasta qué punto es responsable? La mirada de fuego fascina á la mariposa nocturna, como la mirada de la serpiente fascina al pájaro. ¿Es posible que la mariposa y el pájaro se resistan?

¿Es posible que la hoja rehuse á obedecer al viento? ¿Es posible que la piedra se niegue á cumplir la ley de gravitación? Estas cuestiones materiales son también cuestiones morales.

Después de la lectura de la carta de la Duquesa, Gwynplaine se había redimido, resistiendo á impotentes ataques; pero las tempestades, cuando agotan el viento por una parte del horizonte, comienzan por la otra, y el destino, como la Naturaleza, tiene sus encarnizamientos. El primer golpe conmueve, el segundo arranca sus raíces; así caen las encinas. Así Gwynplaine, que había vencido el furioso huracán del abismo en su doble forma de tempestad y de miseria, vacilaba ante el débil soplo de una vanidad.

Cuando la fatalidad ha agotado las agonías, las borrascas, los rugidos y las catástrofes contra el hombre que lucha con ella, y permanece en pie, aquélla se sonríe, y el hombre, embriagado, pierde de súbito el equilibrio. ¿Hay algo más terrible que la sonrisa de la fatalidad? Es el último recurso del que se propone experimentar implacablemente el alma de los hombres.

Gwynplaine sentía en el cerebro el torbellino vertiginoso de una multitud de novedades y el claroscuro de la metamorfosis de no sé qué singulares confrontaciones, el choque del pasado contra el porvenir; veía en él dos Gwynplaines: mirando hacia atrás contemplaba un niño, cubierto de harapos, hijo de la noche, corriendo por las soledades, tiritando de frío, hambriento y haciendo reír; y mirando hacia adelante, veía á un señor brillante, fastuoso, soberbio, deslumbrando á Londres; se despojaba el primer traje y se vestía el otro, y pasaba de saltimbanqui á lord. Cambios de piel, que producen muchas veces cambios de alma. Había momentos en que todo esto le parecía un sueño complejo, malo y bueno. Pensaba en su padre y le affigia la idea de que su padre le fuese desconocido, y quería imaginarse cómo era. Pensaba también en su hermano, de quien le había hablado Barkilphedro. Gwynplaine tenía familia y se perdía haciendo castillos en el aire.

—Además, seré elocuente—decíase á sí mismo.

Imaginábase su espléndida entrada en la

Cámara de los Lores. Llegaría allí lleno de novedades, porque guardaba de ellas gran provisión, y consideraba que era ventajoso para él hallarse entre ellos, habiendo sufrido y padecido mucho y pudiéndoles decir: ¡Vi de cerca lo que vosotros sólo veis de lejos! A los patricios que rechazan las ilusiones les hará ver la realidad y temblarán, y le aplaudirán y será poderoso entre los poderosos, apareciendo como el portaestandarte de la verdad y como el portaespada de la justicia.

Y trazándose estos planes en su espíritu, lúcido y turbado al mismo tiempo, le asaltaban movimientos de delirio é instantes de amodorramiento y de sobresalto. Iba, venía, se sentaba, volvía á levantarse, contemplaba el techo, examinaba las coronas, miraba vagamente los geroglíficos del blasón; tocaba el terciopelo de las paredes, movía las sillas, hojeaba los pergaminos, leía los nombres de sus posesiones, comparaba la cera de los sellos, se aproximaba á la ventana, oía el murmullo de la fuente,

examinaba las estatuas, contaba las columnas de mármol y decía:—Eso es.—Se tocaba su traje de satén y se preguntaba:

—¿Soy yo mismo? Sí; yo soy—se respondía.

Le agitaba interna tempestad; ¿experimentaba en medio de ella desfallecimiento y fatiga? ¿Bebía, comía, dormía? Si algo de esto hizo fué inconscientemente.

En las situaciones violentas los instintos se satisfacen como ellos quieren, sin intervención alguna del pensamiento. Por otra parte, su pensamiento sólo era una humareda. En el instante en que el llamear negro de la erupción sale del pozo lleno de torbellinos, ¿tiene conciencia el cráter de los ganados que pacen la hierba al pie de su montaña?

Las horas pasaban y empezó á apuntar el alba y luego amaneció.

Un rayo de luz blanca penetró en la cámara y al mismo tiempo en el espíritu de Gwynplaine.

—¿Y Dea?—le preguntó esa claridad.